

# HACIA UNA PASTORAL DE LA INTELIGENCIA

PEDRO RODRÍGUEZ PANIZO\*

Fecha de recepción: febrero de 2020

Fecha de aceptación y versión final: marzo de 2020

## RESUMEN

*El cristianismo pasa por una crisis de credibilidad en nuestras sociedades europeas, donde Dios parece la sombra de un vacío. A la crisis de Dios solo puede responderse con una pasión infinita por Él, de la que no puede desligarse el cultivo de la inteligencia, pues la vida espiritual es un todo hecho de oración, reflexión y amor al prójimo.*

**PALABRAS CLAVE:** crisis de Dios, jerarquía de verdades, Iglesia en salida, evangelización, formación permanente, logos de la fe, teología.

## TOWARDS A SPIRITUAL GUIDANCE OF INTELLIGENCE

### SUMMARY

*Christianity is going through a credibility crisis in our European societies, in which God seems to be conspicuous by his absence. The only response to the crisis suffered by God is to show an infinite passion for Him, a passion which cannot be separated from the cultivation of intelligence since spiritual life entails prayer, reflection and love for fellow men.*

**KEY WORDS:** crisis of God, hierarchy of truth, end of the Church, evangelisation, permanent training, faith logos, theology.

---

\* Profesor de la Facultad de Teología. Universidad P. Comillas. panizo@comillas.edu

Parece un dato, no por sabido, menos interpelante y rotundo: el cristianismo sufre una profunda crisis de credibilidad en las sociedades de la vieja Europa. Lo confirman todos los estudios que se vienen realizando en las dos últimas décadas, desde las disciplinas y las instancias más variadas. El consenso es casi unánime en el diagnóstico, pero la perplejidad aumenta cuando se buscan vías de salida de la crisis. Cuanto más patente es para muchos el barro quebradizo de la vasija, más necesario aparece el encuentro personal con el tesoro que lleva dentro, siempre nuevo (2 Co 4,7); con una fuerza de vida y de esperanza capaz de transformar el frágil presente de cada cristiano, no importa la edad que tenga, en una pequeña luz en medio de la noche, en un testimonio desinteresado del amor del Dios trino.

Al dato mentado se añade en nuestros días una nueva dificultad: el barro de la vasija no envía, a muchos de nuestros contemporáneos, hacia una fuerza extraordinaria que proviene de Dios y no de nosotros, sino a una mera institución humana envuelta en incienso y poder (Bloch). La Iglesia parece un resto del pasado, en unas culturas que ya hace tiempo que han salido de la religión. La diferencia de nuestro presente, respecto de los primeros siglos del cristianismo, es abismal. Ya no hay un caldo de cultivo religioso, en medio del cual la joven religión se presentaba como una posibilidad nueva, creativa y llena de sentido, hasta el punto de transformar el concepto tardo-antiguo de *religio*, sino que hoy día todo el mundo cree saber de antemano lo que es el cristianismo, sin apenas haberlo vivido desde dentro.

Lo dramático de la situación es que, lo que más sentido da a la existencia del cristiano, la referencia de la que no encuentra equivalente en este mundo, la realidad de Dios que todo lo determina sea para muchos una sombra que no brilla ni por su ausencia. Como ha dicho uno de los mejores escritores de nuestro panorama cultural: «No es fácil saber lo que esa palabra, Dios, encierra, ni su alcance. Para nosotros hoy *no es más que* la sombra de un vacío, el que nos ha dejado»<sup>1</sup>. Con todo, la lucidez y el

---

1. A. TRAPIELLO, *Los vagamundos*, Barril & Barral, Barcelona 2011, 470 (cursiva mía).

realismo, que no se engaña frente al espesor del clima espiritual de nuestro tiempo, no implica declinar lo más mínimo en la esperanza, ni dejar de confiar en el fundamento que resiste todo vendaval de la existencia. La voz de una gran poetisa, María Antonia Ortega –sobrina nieta de José Ortega y Gasset–, ha reflejado en un hermoso poema, titulado precisamente «Europa», el ámbito donde nos ha tocado vivir la fe: «A tu saber / todavía le falta sabor; / y a tus universidades / más cúpulas, / bóvedas, / arbotantes, / más locura, más pasión, / miradores / para dominar desde allí / un amplio horizonte onírico / y bebederos para palomas. / Te falta emoción, / entusiasmo, / alguna emoción pura. / La piedra de tus estatuas y catedrales / está ahora más conmovida que tú»<sup>2</sup>.

La comunidad cristiana no pudo permitirse participar de este desánimo, dejar que se instale en el tejido de su fe, aunque el envejecimiento de sus miembros, el alejamiento de los jóvenes, la falta de presbíteros o la escasa participación en el culto público tientes con entristar hasta al optimista más inveterado. El tiempo que nos ha tocado vivir puede ser un *kairós*, un momento de gracia, y la ocasión para una purificación muy profunda de cada creyente y de la Iglesia en su conjunto.

## 1. Iglesia en misión

El papa Francisco sueña con una Iglesia misionera, en permanente salida (éxodo, pascua), al servicio de todos sin distinción, con especial sensibilidad para cualquier forma de pobreza (EG 19-24), y, como no quiere que se quede solo en un sueño, anima sin descanso a todo el pueblo de Dios a ponerse en marcha con alegría, dejándose desinstalar de sus inercias por el Espíritu, actuando por puro amor del tesoro que lleva dentro; llama con magnanimidad a reelegir y religarse a lo central cristiano: La donación amorosa e indulgente de Dios revelada en Cristo, pues sabe que toda reforma de la Iglesia, y toda salida generosa, dialogal y propositiva *ad extra*, presupone una permanente profundización en los fundamentos

---

2. M. A. ORTEGA, *El pincel fino*, Polibea, Madrid 2010, 41-42.

(*ad intra*)<sup>3</sup>. El suyo es un llamamiento imperioso a las distintas sensibilidades eclesiales, para que inicien procesos de conversión y de cambio, renunciando a conquistar espacios, como hacen con descaro los diversos grupos mundanos de poder: «No sea así entre vosotros» (Lc 22,26), pues esta tentación de querer influir en el timón de la barca eclesial, hasta confundirse con nuestra manera particular de ver las cosas, es uno de los factores que más retrasan el verdadero compromiso misionero de señalar hacia el misterio del Reino de Dios, al centrarnos en nosotros mismos (autorreferencialidad): «porque la Iglesia es en Cristo como (*veluti*) un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de los hombres entre sí» (LG 1).

En la medida en que se camina hacia esa unión íntima con Dios que llamamos mística, y que no es sino la radicalización máxima de la fe, la esperanza y el amor que un creyente vive por gracia de Dios, sin pelagianismo de titán, más se hará posible la unión entre las personas de dentro y de fuera de la comunidad eclesial. A la crisis de Dios no puede responder más que la pasión infinita por Él (Metz). En este sentido, se podría volver a lo divino, como hacían los carmelitas del siglo XVI, el extraordinario poema de Ángel Darío Carrero, con tan solo poner en mayúscula el pronombre de segunda persona (Tú): «Y cuando / todo era nada / apareciste tú, / y ya / nada / era nada»<sup>4</sup>.

Y es que, si el cristiano mira la realidad con la luz pascual, no puede ceder ni un segundo al nihilismo, aunque sea en las formas dulces y aterciopeladas que a cada paso le ofrece nuestra confortable sociedad. Al desencantamiento (*Entzauberung*) del mundo, como gustaba de decir Max Weber, solo cabe proponer una dilatación fabulosa de los ámbitos de misterio, entendido no en términos neorrománticos, nostálgicos de un mundo que no vuelve, sino en los de una honda teología de la creación y de la gracia. Si todo está creado *en, por y para* Cristo, como afirma Col 1,16-18, y todo se mantiene en Él, entonces la integridad de cuanto existe posee una

3. Cf. M. SECKLER, «Fundamentaltheologie: Aufgaben und Aufbau, Begriff und Namen»: *HdFTh* 4 (2000) 375-383.

4. Á. D. CARRERO, *Llama del agua*, Trotta, Madrid 2001, 60.

dimensión de profundidad por la que deja ver su apuntar al Padre, en el Hijo, con el sopro del Espíritu. ¿No será el místico aquel creyente, limpio de corazón (Mt 5,8), que percibe y padece ese remitir de todo hacia la Fuente de la que solo la sed nos alumbró?

## 2. Recuperación de la jerarquía de verdades

Uno de los aspectos más novedosos de la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* es la relectura del concepto de jerarquía de verdades del Concilio Vaticano II (UR 11), pues la diversa conexión de cualquier verdad de la fe con su fundamento, «vale tanto para los dogmas de fe como para el conjunto de las enseñanzas de la Iglesia, e incluso para la enseñanza moral» (EG 36)<sup>5</sup>. Mediante este medio de discernimiento se puede distinguir lo central de la fe cristiana de su expresión histórico cultural, que, sin ser secundaria, es segunda respecto del núcleo transcultural del Evangelio. Los números 34-39 del citado texto pontificio animan a «poner todo en clave misionera», lo que «vale también para el modo de comunicar el mensaje» (EG 34), pues en nuestras sociedades actuales corre el riesgo de ser reducido a aspectos secundarios que muchos identifican con el corazón mismo del Evangelio. La conclusión del número citado está llena de sensatez: «Entonces conviene ser realistas y no dar por supuesto que nuestros interlocutores conocen el trasfondo completo de lo que decimos o que pueden conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del Evangelio que le otorga sentido, hermosura y atractivo».

En muchas ocasiones sucede lo mismo con numerosos cristianos comprometidos con su fe. A pesar de los esfuerzos catequéticos y formativos de los últimos años es mucho todavía lo que queda por hacer en este campo de la vida eclesial. Sigue habiendo un déficit de fe pensada, lo que imposibilita asimilarla mejor, más lúcidamente, y, por tanto, ejercerla de forma mucho más viva y creativa. Christoph Theobald, reflexionando sobre esta problemática, ha llamado la atención sobre un triángulo de correlaciones de elementos que no pueden separarse, a riesgo de imposibilitar el

---

5. El número 37 lo fundamenta en Tomás de Aquino (*STh.* I-II, q. 66, art. 4-6).

redescubrimiento del núcleo esencial del Evangelio y la inamisible dimensión misionera del pueblo de Dios. En el vértice superior del triángulo estaría la Buena Noticia del Reino de Dios, al que la Iglesia señala con lo que vive, celebra y cree (vértice de la base), en una figura histórica capaz de hacer posible su recepción por el contexto socio cultural de un momento dado (el otro vértice de la base del triángulo)<sup>6</sup>.

En efecto, los tres vértices del triángulo son inseparables. El último señala a la pastoralidad que el Concilio Vaticano II ha acentuado como dimensión necesaria de toda la vida eclesial, incluso de la doctrina y la teología, y que Theobald resume en esta fórmula sintética: «no hay anuncio del Evangelio de Dios sin tener en cuenta al destinatario; y, para precisar el sitio de este último, es preciso añadir que “eso” de que se trata en el anuncio está actuando ya en él, de suerte que pueda adherirse ya a él con toda libertad»<sup>7</sup>. Es más, la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, en su número 44, afirma que «la manera adecuada (*accomodata*) de la predicación de la palabra revelada debe mantenerse como *ley de toda evangelización (lex omnis evangelizationis)*». Hasta el último canon del *Código de derecho canónico* (c. 1752) afirma que la *salus animarum* «deber ser siempre la ley suprema en la Iglesia».

El éxodo misericordioso y profético hacia el ser humano situado en un contexto muy concreto, anima a llevar a la práctica, sin dar nada por supuesto, lo que el joven Blondel anotaba en sus diarios íntimos: «Extraer del Evangelio lo que siempre se encierra en él de luz nueva, asimilar para las necesidades de las generaciones jóvenes el alimento desconocido que contiene, sacar de su divina abundancia una nueva riqueza humana»<sup>8</sup>. Tarea apasionante que es imposible llevar a cabo plenamente sin pensamiento, sin reflexión profunda, fruto de una intensa vida espiritual de la que no se puede separar la oración y las obras del amor. Incluso la crítica

6. Cf. C. THEOBALD, *Urgenze pastorali. Per una pedagogia della riforma*, EDB, Bologna 2019, 60-62. 342. 350.

7. ID., «Hoy es el “momento favorable”. Para un diagnóstico teológico del tiempo presente», en P. BACQ-C. THEOBLAD (Eds.), *Una nueva oportunidad para el Evangelio. Hacia una pastoral del engendramiento*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2011, 73.

8. M. BLONDEL, *Carnets intimes (1883-1894)*, Cerf, Paris 1961, 551.

profética es también una cuestión de amor que no necesita el estilo de la condena, el reproche o la violencia del insulto para ser testimonio valiente de la verdad; con «dulzura y respeto, como quien tiene tranquila la conciencia» (1 Pe 3,16). Por eso, el primer paso en la tarea misionera es una autoevangelización muy profunda, pues no le puedo pedir a los demás lo que no soy capaz de pedirme a mí mismo. Nadie está excluido de este viaje a lo esencial de la fe, que, si es auténtico, se hará apología en el más noble sentido del término; es decir, respuesta a los desafíos de la situación.

Y es aquí también donde el tesoro que lleva dentro la Iglesia puede irradiar a través de la pobreza del barro de la vasija que lo porta: cuando se hace visible que la responsabilidad de cada uno de sus miembros aumenta y se acendra en la vida comunitaria, lugar de misericordia y perdón, verdadero hospital de campaña, como gusta de decir el papa Francisco. Una actitud exclusivista que pretendiera dejar al margen a los pecadores, en vez de llamarlos una y otra vez a la alegría y la libertad de la conversión, estaría confundiendo tiempo y eternidad «en un continuo juicio final. En ese caso la Iglesia se tomaría por el mismo Dios y, por tanto, dejaría de pertenecerle».

El polo del Reino de Dios del triángulo significa que Cristo vino y está siempre viniendo para salvar a los pecadores; y si la Iglesia es santa, no lo es en virtud de la santidad de sus miembros, sino porque en ella habita el Santo. Como ha dicho con toda razón el filósofo Jean-Louis Chrétien, recientemente fallecido, «la única verdadera consideración cristiana del pecado en la Iglesia es la que cada uno debe hacer del suyo propio, sabiéndose llamado por la Iglesia a rechazarlo. [...] Si alguno de sus miembros da un testimonio negativo, me corresponde a mí dar otro positivo»<sup>9</sup>, en virtud del *mysterium lunae*, pues la Iglesia no irradia con su propia luz, sino con la que recibe y refleja del único sol. La responsabilidad es enorme: transparentar que en ella Dios es más grande que nuestro desamor, y, mucho más todavía, que nuestro corazón.

---

9. J-L. CHRÉTIEN, *La mirada del amor*, Sígueme, Salamanca 2005, 138 (de aquí es también el último entrecomillado).

### 3. Pensamiento y razón en salida

Hablar de Iglesia en salida es hacerlo también de un pensamiento y una razón exodales, abiertos al *Deus semper maior*. Ninguna dimensión o nivel de la existencia se puede quedar al margen de esa travesía. Ninguna urgencia puede desviar la atención máxima hacia lo fundamental, de la meditación sobre lo que es cuestión de preocupación última. La pastoralidad y el redescubrimiento de lo central cristiano, de lo teologal, libera a la fe de todo tipo de instrumentalización ideológica, y, en una cultura del espectáculo, de la folclorización que desgaja del conjunto uno o varios elementos, confundidos con la totalidad, para vivirlos de forma meramente estética. Vivir el centro teologal de la fe es la garantía de todo impulso misionero de la Iglesia y de cada creyente; es lo que impele a intentar ser con humildad, pero con toda determinación, cristiano, y no solo parecerlo<sup>10</sup>.

De ahí la necesidad de estimar, promover y acompañar la formación permanente de los cristianos en todos los niveles. No se pretende decir con esto que la solución a nuestra crisis de credibilidad esté en un gnosticismo de nuevo cuño, pues, como decía Blondel, «lo que Jesús buscó y obtuvo, no es ser analizado como un tema teológico, sino ser amado por encima de todo»<sup>11</sup>. Pero, si le amamos de verdad, nos interesará absolutamente todo de Él, hasta la geología de los montes de Galaad, las especies de lirios de los campos que atravesaba en Galilea, o los pájaros que contemplaba en la aurora del Evangelio del Reino: «Mirad las aves del cielo» (Mt 6,26).

El cristianismo está dotado de un logos interno que pide comprensión, expresiones de todo tipo (éticas, artísticas, teóricas), precisamente por la condición dinamogénica (W. James) de la fe. Habría que desterrar definitivamente todos los tópicos que, demasiadas veces, se escuchan entre nosotros sobre el proyecto de pensamiento propio de la fe que llamamos teología. Y lo mismo cabe decir de la filosofía, inseparable de aquella. No conviene olvidar que el maestro de Aix-en-Provence aseguraba que

10. Cf. C. THEOBALD, *Urgenze pastorali, o.c.*, 61.

11. M. BLONDEL, *Historia y dogma*, Cristiandad, Madrid 2004, 112.

«la verdadera filosofía es la santidad de la razón»<sup>12</sup>, y que para encontrar a Dios «no hace falta romperse la cabeza sino el corazón»<sup>13</sup>. ¡Menos no podrá ser la teología! Tomás de Aquino, por ejemplo, no fue santo y teólogo, sino santo como teólogo; entregando toda su vida a la aventura de comprender el tesoro de lo que se cree, con una apertura, una libertad y un rigor que todavía impresionan hoy día<sup>14</sup>.

Si nunca conviene abandonar la pastoral de la caridad y de la liturgia, tampoco hay que desatender la pastoral de la inteligencia en todos los niveles: desde los grupos bíblicos de una parroquia, hasta la investigación del más alto nivel de una facultad de teología. En todos ellos ha de percibirse que es la diaconía, el amor actuante de la fe, quien mueve a estar siempre en salida. En un cambio de época como el que nos ha tocado vivir<sup>15</sup>, donde entramos en una nueva etapa de la evangelización, que requiere «un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma» (EG 20), es inamisible el cuidado de esta dimensión que ha acompañado a la Iglesia a lo largo de su dilatada historia.

Portamos una tradición viva de respuestas que son a su vez preguntas que ensanchan el misterio del hombre y de su mundo, al confrontarlo con el Misterio santo de Dios. La tarea de la reflexión filosófica y teológica consiste en iniciar procesos de aprender a preguntar a las respuestas. Como afirma Adolphe Gesché: «Las grandes respuestas son preguntas que interrogan y a las que uno interroga. Como dice Claudel del color: “Una respuesta de la cosa a la pregunta de la luz”»<sup>16</sup>. Una respuesta del creyente a

12. ID., *La acción* (1893), BAC, Madrid 1996, 495. También en ID., *Carnets intimes, o.c.*, 104. Cf. S. GARCÍA MOURELO, «The Holiness of Reason. Philosophy and Mysticism in Blondelian Perspective», en E. FRICK-L. MAIDL (Eds.), *Spirituelle Erfahrung in philosophischer Perspektive*, Walter de Gruyter, Berlin 2019, 79-94.

13. ID., *La acción, o.c.*, 422.

14. Cf. M. SECKLER, *Im Spannungsfeld von Wissenschaft und Kirche. Theologie als schöpferische Auslegung der Wirklichkeit*, Herder, Freiburg 1980, 163-177.

15. Cf. FRANCISCO, *Constitución apostólica Veritatis gaudium*, 3 (en adelante VG).

16. A. GESCHÉ, *El hombre. Dios para pensar II*, Sígueme, Salamanca 2002, 27-28. En la nota 9 de la página 28 se da la referencia del literato francés: P. CLAUDEL, *L'œil écoute*, en *Oeuvres en prose*, Paris 1967, 330. Hay versión española: *El ojo oye*, Vaso Roto Ediciones, Madrid 2015.

la pregunta del que es la Luz del mundo y de la vida (Jn 8,12). En el mismo sentido se expresa el papa Francisco: «El buen teólogo y filósofo tiene un pensamiento abierto, es decir, incompleto, siempre abierto al *maius* de Dios y de la verdad, siempre en desarrollo» (VG 3)<sup>17</sup>. Si esta verdadera diaconía intelectual al pueblo de Dios se logra llevar a cabo con el máximo rigor y profundidad, sin rebajar el nivel, y, al mismo tiempo, con la pastoralidad que exige el contexto donde se desarrolla la misión; es decir, con un lenguaje diáfano, exento de toda pedantería, y hasta elocuente en su expresión, la experiencia demuestra que numerosos laicos se animan a participar en grupos de reflexión teológica, con un entusiasmo y una entrega que rara vez se encuentra, salvo raras excepciones, en los estudiantes de los grados de una facultad. ¡No podemos permitir que las piedras de nuestras estatuas y catedrales estén más conmovidas que nosotros!

#### 4. Sin declinar en la esperanza

Al introducir la realidad de Dios en el horizonte del pensamiento, el creyente no puede dejarse llevar por el desánimo y pensar que ya nada es nada, como dice el verso del citado poeta Ángel Darío Carrero. Todo cobra interés; nada está meramente ahí, arrojado como un simple objeto, como una cosa. Cuando al pintor Antonio López le preguntaron qué le parecía el resumen que de su obra hacía una conocida revista de arte, como «la belleza de lo aparentemente anodino», el artista se mostró totalmente en desacuerdo, afirmando que era un error pensar así, pues nada es anodino si se tienen ojos para ver<sup>18</sup>. Las cosas son interesantes si se llega a su «corazón» y nos dejamos conmover. Luego hay que entregarlo gratuitamente a los demás, sin buscar el éxito, del que hay que huir «como de la peste bubónica» —decía con todo énfasis Antonio López—; solo puedes esperar con humildad la aceptación de tu verdad por parte de los demás. ¡Magnífica lección para quienes cultivamos la reflexión teológica!

---

17. Cf. VICENTE DE LÉRINS, *Commonitorium primum*, 23 (PL 50, 668).

18. Entrevista de Cayetana Gillén Cuervo a Antonio López, el 11 de febrero de 2016, en el programa *Atención obras* de La 2 de Televisión Española.

Esta maravillosa vocación y misión eclesial es una carrera de fondo; exige tiempo y dilatación, medios para poderla llevar a término, y una generosidad a prueba de desalientos. Está reñida con las prisas y las urgencias, con la tendencia a las recetas y a la utilización ideológica o fanática. A quien se introduce en el ámbito de valor donde está vigente, ya no lo dejará abandonado jamás; le regalará un antídoto contra el aburrimiento para los restos de su vida, le mantendrá en tensión espiritual cada minuto de su tiempo, y en alerta ante la variedad casi infinita del dolor del prójimo, de quien, antes que alejar, lleva a comprometerse como el samaritano de la parábola lucana (Lc 10,25-37), en una creativa práctica de la misericordia. Y es este «un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha» (EG 195; VG 4). Un poner corazón en las miserias ajenas y propias que se extiende al «planeta como patria y (a) la humanidad como pueblo que habita una casa de todos»<sup>19</sup>.

Una de las capacidades más extraordinarias que otorga su cultivo es el de poder releer la realidad a la luz de Cristo. Inteligente viene de *intellegere*: ser capaz de comprender, de leer por de dentro los acontecimientos que nos advienen siempre en el tiempo frágil de nuestra vida; y de responder a su invitación, mediante una libertad que no se arredra ante los condicionamientos de todo tipo que influyen en ella; al contrario, los transforma en una oportunidad para el bien, en una invitación a que se escuche de nuevo a la fe. No se puede estar más de acuerdo con Adolphe Gesché cuando afirma: «Esta será, en mi opinión, la tarea de la teología en este amanecer del siglo XXI. Dicha tarea posibilitará después (si el hombre lo desea) redescubrir a Dios, cuando la teología haya conseguido primero que se vuelvan a oír las palabras de la fe. *Intellige ut audiat*»<sup>20</sup>.

De nuevo se encuentra aquí otra dimensión de la diaconía: ayudar a nuestros semejantes a comprender las palabras de la fe, liberadas de todo prejuicio, de todas las capas que se han cargado sobre ellas por pereza y por influjo del ambiente, para poder luego escuchar con todo el ser la

---

19. FRANCISCO, *Laudato si'*, 164 (paréntesis mío). También VG 4d.

20. A. GESCHÉ, *La teología*, Sígueme, Salamanca 2017, 15-16.

novedad del Evangelio. Y esta es una tarea de toda teología, y, en especial, de la fundamental: esa original apologética que ayuda «a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos» (EG 132; VG 5). De ahí que el criterio prioritario y permanente para poner en estado de salida misionera a la teología, sea «la contemplación y la introducción espiritual, intelectual y existencial en el corazón del *kerygma*» (VG 3).

Como puede verse por lo dicho hasta aquí, la vida espiritual cristiana es un conjunto de ejercitación de la oración, de reflexión y estudio, de servicio en el amor al prójimo y de cuidado de la casa común. Forma una unidad en la que, descuidar alguno de sus componentes pone en peligro la totalidad. La oración sin caridad se convierte en una farsa; la reflexión sin encuentro personal con Dios y sin amor al prójimo, mero diletantismo intelectual; el servicio caritativo sin reflexión, impelida por la escucha de la Palabra de Dios, activismo ciego, y puede incluso hacer el mal que no se quiere (Rom 7, 19). Dar con el equilibrio de todas estas dimensiones es tarea de una mistagogía a la que está llamado todo el pueblo de Dios, y en la que los pastores y maestros tienen un papel imprescindible suscitando, cultivando y acompañando procesos, descubriendo nuevos carismas y ministerios acordes con la nueva situación cultural.

Es esta una tarea que debe realizarse de manera totalmente desinteresada, sin esperar nada a cambio. Hacia el final de la citada entrevista, el pintor Antonio López se refirió de forma conmovedora al papel que ha desempeñado en su vida su mujer, la también artista María Moreno, fallecida el pasado 17 de febrero a los 87 años. Junto con un tío suyo, también pintor, una de las personas que más le han ayudado. Decía de ella que no tenía absolutamente ninguna ambición. Pintaba porque le gustaba, con un altísimo nivel de exigencia que no imponía a los demás. Muchas veces no terminaba las cosas porque no estaban todavía como ella quería. Vivía en un espacio más espiritual que muchos artistas. Poseía algo tan elevado, tan diáfano y limpio que es lo que más se parece a lo que puede ofrecer un santo. Nunca te haría daño, pues el suyo era un arte benéfico. No trataba de imponerse ni engañar, eso que todos tendemos a hacer casi sin darnos cuenta: querer gustar, forzar un poco las cosas para llevarnos al huerto a los demás. María nunca lo hizo, siempre te deja libre.

No se puede describir mejor el modo como podemos donar el tesoro que portamos, en vasijas de barro, a las mujeres y hombres de nuestro tiempo. La desproporción incurable entre nuestro testimonio y el Evangelio no debe llevar jamás al desaliento, ni al esfuerzo titánico, como si acortar esa distancia dependiera de nosotros, como si estuviera en nuestra mano dar un solo latido de vida de por sí (Jn 15,5). Es cierto que el don de la gracia se da en forma de tarea, como deja ver de forma extraordinaria la lengua alemana (*Gabe, Aufgabe*), y que la búsqueda de coherencia entre nuestras palabras y nuestra vida, es una figura del combate cristiano contra la inercia de nuestro espíritu, hasta el punto de llevar a Blondel a retocar la definición clásica de verdad en los términos de una «*adequatio mentis et vitae*»<sup>21</sup>, y, hasta podríamos añadir: una adecuación de la vida a la voluntad de Dios; pero también lo es que siempre existirá la desproporción y el desajuste, porque es una herida esencial que nos hace gemir esperando la adopción filial (Rom 8,23). Se trata nada menos que de la huella de Dios en el hombre, un vaciado del corazón como la llama del santuario encendido en su norte (R. Char). Evitar que se apague y que pueda iluminar a otros con su humilde fragilidad es la tarea que todos tenemos encomendada. Hay que rogar a Dios, con todo el ser, que haga de esa inadecuación un signo que le señale a Él y no a nosotros, pues incluso un santo, si lo es de verdad –él nunca lo podrá saber–, no imanta hacia sí mismo, sino a la Patria de nuestros deseos, como gustaba de decir Fray Luis de Granada.

---

21. M. BLONDEL, *Carnets intimes, o. c.*, 86.